

rido môdelo gana para mantener el pico á toda la prole.

INFANTE.

¡Vaya que tiene un gancho ese joven! Me decía: «Si no consigo la plaza de tenedor de libros ó la de oficial quinto, me pasaré las mañanas vendiendo tomates ó pimientos en cualquier plazuela. Trescientas sesenta y cinco mañanas dan mucho de sí.»

VILLALONGA, *con vehemencia.*

¿Ese..., ese?... Le hemos de ver firmando letras de cambio por miles de miles.

AUGUSTA, *con entusiasmo.*

Amparémosle entre todos. Juremos ampararle. Es el hombre del porvenir, y todos los presentes están en el deber de prestar apoyo al que les da esta lección de arte de la vida.

VILLALONGA.

Acepto la lección, y admiro á ese tipo, por lo mismo que es el reverso de mi medalla, mi revers moral.

OROZCO.

Ese es de los que no necesitan ayuda de nadie. Su propio instinto y su acometividad social le abrirán camino.

MALIBRÁN.

Protejámosle, lo que quiere decir que le pro-

teja Orozco en nombre de todos. Usted le favorece, y él nos lo agradecerá á los demás.

Sirven el café.

UN CRIADO.

Un joven está ahí, que pregunta por el señor.

TODOS.

Él, él es.

INFANTE.

¿Delgadito, mal color, ojos negros, el pelo al rape, gabán muy viejo?

CRIADO.

El mismo.

OROZCO, *un poco molesto.*

¡Que todos los moscones de Madrid han de caer sobre mí!

AUGUSTA, *al criado.*

Dile que pase al despacho. El señor le recibirá... (*A su marido.*) Ea, fastídiate, corazón de granito.

OROZCO, *finjiendo buen humor.*

Como recibirle, sí... ¡Pobre tonto! No es cosa de ponerle en la calle. Pero se irá como ha venido. (*Por Infante.*) Éste, este métome-en-todo es quien me ha echado el mochuelo.

INFANTE.

Yo no. Recuerdo muy bien que le dije: «Vaya usted mañana»; pero ese es de los que no pade-

cen la enfermedad española del *mañana*; profesa la teoría de que *mañana* quiere decir *hoy*.

VILLALONGA.

¡Hoy! Dichoso el que sabe agarrarse al *hoy* antes que pase, porque ese llegará primero que los demás.

MALIBRÁN.

Y encontrando los mejores sitios desocupados, se apoderará de ellos.

AUGUSTA.

No le dejes ir sin esperanzas. Hazlo por mí, por todos los presentes, que tomamos al gran Santanita, al futuro millonario, bajo nuestra alta protección.

OROZCO, *sonriendo*.

Esperanzas, sí; todas las que quiera, pero realidades no podrá sacar de mí. Me sacudiré la mosca... No sé qué se figuran... Francamente, es cosa de traer á casa una pareja de Orden Público. Yo aseguro á ustedes que este impertinente no volverá más por aquí. (*Toma el café de un sorbo y sale.*)

ESCENA V

Los mismos, menos OROZCO.

AUGUSTA.

¿Pero ustedes se han creído que le va á echar á cajas destempladas?

MALIBRÁN.

¡Cómo he de creer yo tal cosa! Felicitemos á nuestro protegido, porque le está cayendo el maná.

AUGUSTA.

Si Tomás dice que no hace nada por él, no le lleven ustedes la contraria. Finjan más bien creer que le ha echado por la escalera abajo. *¡Promesi sposi* están de enhorabuena. No les faltará pan para sus hijitos, y seguramente tendrán uno cada año, porque estos matrimonios ilusionados, que se afanan por el nido antes de tenerlo, son horriblemente fecundos.

MALIBRÁN.

Lo que á mí se me ocurre, señora mía, es que con estas filantropías van ustedes á perder á uno de los amigos más leales y consecuentes. Federico, cegado por la soberbia, dirá: «El amigo de mis enemigos es mi enemigo.»

AUGUSTA.

Una cosa es decirlo y otra... ¡Ay!, ante la soberanía de los hechos, no hay orgullo que no se rinda tarde ó temprano... Esta es mi opinión. Y por mi parte, he de hacer los imposibles porque Federico se reconcilie con su hermana. No es mal sermón el que le espera esta noche, si parece por aquí.

VILLALONGA.

No le reducirá usted con sermones. Está fuera de sí. Anoche creí que me pegaba porque se me antojó disculpar á Clotilde.

MALIBRÁN.

Corazón fiero, orgullo indomable, ideas anticuadas y consistentes, de esas que desafían con su firmeza el empuje de la opinión vulgar; ideas macizas, que serían muy buenas en una época de acción y de unidad, pero que se vuelven ineficaces y hasta ridículas en una época de inestabilidad, de polémicas y de dudas.

AUGUSTA.

¡Cuando digo que estamos hoy muy sabios!...

MALIBRÁN.

No lo puedo remediar. Mi pedantería es hija de los desengaños, que me han obligado á estudiar la vida. Compadézcame usted en vez de zaherirme por lo que sé. Y sé más (*con fineza de dicción y de intención*), mucho más de lo que usted cree.

AUGUSTA.

No, si yo no he puesto límites ni fronteras á su sabiduría. Es que, francamente, me pareció que había examinado usted con buena crítica las ideas de Federico.

MALIBRÁN.

De quien nada ofensivo dije. Conste. No hay motivo, pues, para que usted se altere.

AUGUSTA, *ligeramente desconcertada*.

¡Yo!... ¡Alterarme yo!

MALIBRÁN.

Un poquitín, aun antes de que yo completara mi juicio. Me faltaba añadir que de su mismo orgullo, de su susceptibilidad extrema y de la pugna entre sus ideas y sus medios sociales, nacen los hábitos de envilecimiento que á pesar suyo le dominan, y que son su desgracia irremediable y su problema insoluble.

AUGUSTA, *devorando su ira*.

Todas esas cosas, ¿por qué no se las cuenta usted á él?

INFANTE, *con sequedad*.

Habla usted de hábitos de envilecimiento, y me parece que no se ha fijado usted en la significación de la palabra. De otro modo, haría mal en sostenerla. Yo afirmo que Federico es un caballero.

MALIBRÁN, *rectificando*.

No lo he dudado nunca... Esos hábitos, que todo el mundo conoce, deben de ser calificados quizás de un modo más suave, tratándose de un amigo. Emplearemos otra palabra.

AUGUSTA.

Mejor sería no haberla pronunciado.

MALIBRÁN.

No fué mi intención ofenderle.

INFANTE, *para sí.*

Decididamente, el italiano éste es de una blandura fenomenal. No entra, no entra, por más que se le pongan picas hasta el hueso.

AUGUSTA.

Vamos, usted quiso decir que Federico no es caballero.

INFANTE, *para sí.*

¡Qué bien me le capea ésta!... Pero no entra... Cada vez más huído.

MALIBRÁN.

Perdone usted, amiga mía. Jamás califico yo acerbamente á una persona con quien me une amistad. (*Para sí.*) ¿Quieres una estocada? Pues allá va. (*Alto.*) Lo que yo quise decir es que caballerosidad y necesidad rara vez se llevan bien. ¡Ay de aquél en quien estos dos estímulos se reúnen! En público son muy difíciles de conciliar, y sólo en la esfera privada pueden algunos armonizarlos. En el misterio, en los escondites que labran el miedo y la prudencia, se hacen cosas que, á la clara luz del día, son condenadas con cierto énfasis. Hay dos esferas ó mun-

dos en la sociedad: el visible y el invisible, y rara es la persona que no desempeña un papel distinto en cada uno de ellos. Todos tenemos nuestros dos mundos, todos labramos nuestra esfera oculta, donde desmentimos el carácter y las virtudes que nos informan en la vida oficial y descubierta.

AUGUSTA, *vivamente.*

Perdone usted, Malibrán; todos no: la tendrá usted; pero eso de todos es un poco fuerte. (*Para sí, con ira disimulada.*) ¿No habría quien le parara los pies á este majadero?...

MALIBRÁN, *para sí.*

Vuelve por otra. (*Se levanta.*)

AUGUSTA.

Pero qué, ¿nos deja usted ya?

MALIBRÁN.

Ya debiera estar en el Ministerio.

AUGUSTA.

No me acordaba... (*Irónicamente.*) Es tan grata su compañía, y nos adormece de tal modo el encanto de su conversación, que olvidamos lo necesaria que es su presencia en el Ministerio para que marchen bien los asuntos exteriores.

MALIBRÁN, *para sí.*

Búrlate todo lo que quieras. Ya me la pagarás.

AUGUSTA, *estrechándole la mano.*

Váyase usted prontito. No le retengo, no quiero tener la responsabilidad de una catástrofe europea.

MALIBRÁN.

Tema usted las domésticas, no las internacionales. Y cuando se dispare el primer cañonazo, avise usted á los buenos amigos. ¿Llamar, eh?

VILLALONGA.

Dos toques y repique. (*Dándole la mano.*) Adiós, diplomático. Memorias al marqués de Salisbury.

MALIBRÁN.

De tu parte. Adiós, Infante. (*Vase.*)

ESCENA VI

Los mismos. OROZCO.

OROZCO, *entrando, con semblante risueño.*

Vamos, le despaché... Se va el pobrecillo muy descorazonado. Pero yo ¿qué le he de hacer? Pues sólo faltaba que...

AUGUSTA, *con gracejo.*

Eso es: fuertecillo. ¡Qué genio vas echando, hijo de mi alma!

OROZCO.

Lo siento; pero no he podido darle ni esperanzas siquiera.

AUGUSTA.

Si, te lo conozco en la cara.

VILLALONGA.

Su cara revela satisfacción.

INFANTE.

La satisfacción de las malas acciones.

OROZCO.

Ni buenas ni malas.

AUGUSTA, *en voz baja á Infante.*

¿Pero tú le crees?

INFANTE.

¿Qué le hemos de creer? Para mí, Santanita se ha puesto las botas.

VILLALONGA.

Permitame usted, amigo Orozco, que no dé crédito á su modestia. Lo mismo nos dijo usted el otro día, cuando vino á importunarle aquel vejete arruinado de la Plaza Mayor, y después supimos que á la calladita le puso usted una tienda nueva, un comercio de gorras.

OROZCO, *excitado.*

¿Quién ha dicho eso? ¡Es calumnia!

VILLALONGA.

¡Calumnia!

OROZCO, *dominándose y riendo.*

El que tal diga falta á la verdad. ¿Conque de gorras, eh? Tiene gracia.

AUGUSTA *hace señas á Villalonga para que se calle.*

¡Eh!, chitón, indiscreto.

INFANTE.

Son voces que hace correr la maledicencia.

AUGUSTA.

No se hable más de eso. En resumidas cuentas, puesto que tú no quieres proteger al rey de las hormigas, le echaremos nosotros un cable.

OROZCO.

¡Bueno estoy yo para protecciones! ¿Quién me defenderá á mi de la fiera que me amenaza hoy, y que no tardará en presentarse?

INFANTE.

Ya sé quién es. Joaquín Viera, el papá de Federico, que llegó anoche.

VILLALONGA.

¡Demonio! Cuidado con ese, que es el primer sable de América... y de Europa.

INFANTE.

¿Quiere usted que le recibamos Villalonga y yo y le paremos la estocada?

AUGUSTA, *con viveza.*

Eso sería lo mejor. Sí, sí, Tomás, que le reciban éstos y le pongan las peras á cuarto.

OROZCO.

No puede ser. A ese maestró de maestros no le sabe parar nadie más que yo. Dejádmele á mi.

AUGUSTA.

Hijo de mi vida, tiemblo por ti; temo á tu bondad, á tu miedo al escándalo.

OROZCO.

¡Quiá! Que escandalice todo lo que quiera. No sé qué lío se traerá. Ya lo veremos.

AUGUSTA.

Estoy en ascuas. No tendré tranquilidad hasta que no le vea salir de casa. ¿A qué hora viene?

OROZCO.

A las tres. (*Hablan aparte Orozco y Villalonga.*)

AUGUSTA.

Faltan diez minutos. Siento escalofríos.

INFANTE.

¿Te pones mala?

AUGUSTA.

Creo que sí, y si la visita se prolonga, quízás... Me bullen en la cabeza presentimientos de no sé qué desdicha.

INFANTE.

Si no sales á paseo, te acompañaré en casa.

AUGUSTA.

No, no salgo. Pero no me acompañes; te aburrirías. Tengo muy mal humor esta tarde.

INFANTE.

Yo lo tengo pésimo. Si dos negaciones afirman, de dos displicencias puede salir un rato de agradable entretenimiento.

AUGUSTA.

No; de dos displicencias que se funden, sale de seguro la hora negra, la hora de la contradicción y del tirarse los trastos á la cabeza. Hoy es un día en que me peleo yo con el lucero del alba, á poco que me exciten. Querido Manolo, si aprecias mi amistad, echa á correr y no aportes por acá hasta la noche.

INFANTE.

Se me figura que Malibrán te ha puesto de mal humor.

AUGUSTA, *finjiendo tranquilidad.*

A mí, no. Estoy acostumbrada á sus tontearías, y le oigo como si leyera los chascarrillos de la sección amena de un periódico.

INFANTE.

Mucho cuidado con él.

AUGUSTA.

Ya lo tengo... ¡Ahl, vaya si lo tengo. Conque,

Infantito de mi vida, ¿me quieres hacer un favor? Te lo agradeceré mucho.

INFANTE.

Pide por esa boca.

AUGUSTA, *con zalamería.*

Que te marches, y perdona la grosería. Quiero estar sola con mi marido.

INFANTE.

El egoísmo matrimonial es tal vez el más respetable. Me sacrifico, hija, me sacrifico á tu deseo, y te ofrezco mi ausencia como el más fino de los homenajes. (*Le estrecha la mano.*)

AUGUSTA.

Oye, Infantito mío: para que tu fineza sea colmada y yo tenga algo que añadir á la gratitud que te debo, llévate á Villalonga.

INFANTE.

Si no quiere irse *por su pie*, me le llevaré á cuestras.

AUGUSTA.

Gracias. Vales un imperio.

INFANTE, *á Villalonga.*

Eso es, entreténgase usted charlando, y la comisión de reforma del catastro sin poderse reunir por falta de vocales.

VILLALONGA.

Tiene usted razón. Vamos allá. (*A Augusta.*) Patrona, ¿será usted tan buena que me deje marchar?

AUGUSTA.

No debiera hacerlo. Por mi gusto le pondría á usted habitación en esta casa, y no le permitiría salir sino para dar un corto paseito higiénico... Pero como se trata del catastro, que es una cosa muy buena, no quiero que me llamen *rémora*; no debo ser obstáculo á los progresos de la administración, y le doy á usted permiso para que se largue con viento fresco, cuanto más pronto mejor. (*Villalonga é Infante se despiden de Augusta. Un criado entra y habla en voz baja con Orozco.*)

AUGUSTA.

Ya está ahí. Tenemos el cometa en casa. Tomás, por Dios, mucho pulso. Contento. Pon frenos y más frenos á tu bondad. Trátale como merece. (*Para sí.*) ¡Dios mío, qué intranquila estoy, y qué extraños, qué indefinibles temores me acechan en las revueltas de mi conciencia!

ESCENA VII

Despachó en casa de Orozco.

OROZCO, JOAQUÍN VIERA.

VIERA, abrazándole con efusión.

¡Tomás de mi alma!...

OROZCO.

Joaquín.

VIERA.

¿De salud, bien? ¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... Lástima que no tengáis hijos. La felicidad parece que no es completa en el matrimonio, cuando no hay familia menuda que lo alegre, lo adorne y lo santifique. Pero aún puede ser que... Sois muy jóvenes... ¡Qué placer me causa verte! Te conocí niño, después mozo, hombre por fin; y las afecciones primeras se renuevan en el alma cuando envejecemos. Tu padre y yo, más que amigos, fuimos hermanos, y á ti te he mirado siempre como hijo. Abrazame otra vez. Sé que no me tienes gran afecto; mas no por eso te retiro el mío, y me sirve de consuelo el corresponder á tu tibieza con el ardor de mi cariño. Yo soy así.

OROZCO.

Gracias. ¿Y qué es de la vida de usted?...

VIERA.

Hijo mío, mi vida es la continua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme á mi carácter que la estabilidad. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oír la voz de un ser amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sino el mío, To-

más! Tres grandes atractivos tiene la existencia para un hombre de mi temple y mis inclinaciones: la familia en primer término; después la tierra, ó sea la propiedad; después los libros, ó sea el estudio y la contemplación de la Naturaleza. (*Con ternura y acento firme.*) Mi ideal de vida sería éste: mis hijos conmigo; debajo de mis pies, un triste pedazo de suelo que cultivar, sin ambición, ni envidioso ni envidiado; y como solaz, media docena de libros buenos. Créelo, éstos son los únicos bienes apetecibles y además las únicas amistades fecundas y verdaderas: la familia, manantial de goces infinitos; la tierra, que te devuelve generosa los cuidados que pones en ella, y el libro sano y ameno, que te deleita, te calma y te instruye. Pues nada de esto me concede Dios á mí. Sin duda me priva de lo que más amo, para concedérmelo en otro mundo mejor.

Orozco.

Si los hechos correspondieran á las intenciones ó á las palabras, no dudo que tendría usted todo eso que desea.

Viera.

¡Los hechos, los hechos! ¿Sabes tú lo que has dicho? ¡Los hechos! Eres feliz; heredaste una gran fortuna; te viste encarrilado desde la niñez en la vida regular, y andas aún con la velocidad que te imprimieron. Todo lo encuentras

llano, fácil... Los hechos son para ti una serie de movimientos maquinales, instintivos. Para los que se impulsan á sí propios, los hechos son el movimiento externo, los encontronazos, las sinuosidades del camino, pues de los obstáculos mismos hay que valerse para dar un paso. Mis hechos, Tomás querido, no son míos, y es injusticia juzgar estas cosas aisladamente. Apréciaslas en conjunto, abarca de una mirada el mecanismo social, y fijate en la posición que tenemos en él los desheredados de la fortuna. Es preciso que todos vivamos, Tomás; no se ha hecho el mundo sólo para que lo disfruten los capitalistas. Has visto en mí acciones que te desagradan. ¿Pero tú, talento superior, alma elevada, aplicas á todos los casos la moral cominera y menuda? No, hijo mío; á ti te corresponde medir con la gran regla. Lo harías sin trabajo, si te hubieras formado en la adversidad; pero tu talento debe suplir la experiencia, que te falta. No me juzgues, por Dios, con el criterio del vulgo necio. Tú no eres vulgo, Tomás, ni lo serás nunca, aunque vivas en la atmósfera creada por él.

Orozco, *con benevolencia.*

¡Lástima que ese gran ingenio no se emplee mejor! Suele ofrecernos la humanidad este contraste, y es que la gente ordenada se cae de sosa, y los traviesos y desarreglados tienen toda la sal

de Dios. Sin duda la vida aventurera, de arbitrios sutiles y de combinaciones muy calculadas, fomenta en los hombres el donaire. No sé si Dios tendrá dispuesto que la bohemia y los caracteres picarescos desaparezcan al fin con la aplicación completa de la disciplina moral. Si así fuera, ¡qué lástima!, porque lo picaresco parece un elemento indispensable en el organismo humano.

VIERA.

Sí, sí; es preciso que haya de todo, querido, y cree que el mundo no ha de variar gran cosa en sus aspectos generales, por mucho que lo pulimente el saber de los hombres, y eso que los periódicos llaman conquistas de la civilización. La diversidad de medios de vivir ha de corresponder siempre á la variedad y muchedumbre de caracteres y de móviles. (*Con agudeza.*) Si la moral de los catecismos llegara á imperar en absoluto, y se acabaran la bohemia y la raza picaresca, como tú has dicho, el mundo sería insupportable de insulsez. En tal caso, la humanidad, harta de sí misma, se suicidaría, no por individuos, sino por naciones; emplearíanse cantidades enormes de dinamita para volar continentes enteros; nos aborreceríamos por pueblos y por castas; nos cargaríamos tanto, que nuestras guerras serían mil veces más feroces que las de los tiempos primitivos.

OROZCO, *riendo.*

Original, graciosísimo. Pero no perdamos tiempo, Joaquín, y sepamos el objeto de su visita y de su viaje que, según parece, son uno mismo.

VIERA, *con emoción, estrechándole las manos.*

Mucho me duele que todas mis aproximaciones á ti tengan siempre un objeto... poco grato, al menos en apariencia. No puedes figurarte la pena que esto me causa.

OROZCO, *con serenidad.*

No se apure usted, y vea cuán tranquilo estoy. Si he de ser franco, sus arranques de sensibilidad no me conmueven. Los miro como un medio de insinuación, lo mismo que sus alardes de ingenio.

VIERA, *bajando los ojos.*

¡Oh!, no; te lo juró. Cree que siento en este instante una pena...

OROZCO.

¿Por qué?

VIERA.

Por lo desagradable del asunto que aquí me trae... Pero no creas; también yo, con auxilio de mi razón, sé rehacerme y quitar á la pena todo fundamento lógico, poniendo el acto este en su verdadero terreno. Vamos á ver: si yo te aseguro que el asunto que aquí me trae me